

EN HANUKAH DE 1946
UN RELATO DE AHARON APPELFELD

ANA M. RIAÑO LÓPEZ
Universidad de Granada

Si tuviéramos que definir con pocas palabras lo más característico de la obra literaria de Aharon Appelfeld recurriríamos, sin duda, a su despegue de la modernidad, entendiendo como tal la universalización que preconizaron, sobre todo desde comienzos del siglo XIX, aquellos escritores judíos que ante las inevitables transformaciones del mundo moderno y la occidentalización se esforzaron por equipararse a los autores europeos en amplitud de miras.

Pero es claro que el empeño que pusieron en lograr una ruptura definitiva con la autosuficiencia que desde antiguo pesó sobre el quehacer literario judío¹ es hoy una realidad a medias. Algunas tendencias muy actuales, cuyo punto de arranque se situaría en la guerra de los Seis Días, se hallan encaminadas hacia la búsqueda de la identidad perdida. Esta mirada atrás, quizá cíclica, o persistente en el desarrollo de la literatura hebrea contemporánea convierte, por tanto, a Appelfeld en autor siempre actual. De ahí que su obra —construida sobre relatos, a veces estremecedores, en los que la sombra del Holocausto, bañada en peculiar simbolismo, pervive y reaparece con el desgarrar cotidiano y, en definitiva,

1. HALKIN, S. *Literatura hebrea moderna*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968, pp. 13 y ss.

se eterniza— conecte con esa necesidad presente de identificación a través del pasado.

Pertenece Appelfeld al grupo de los escritores nacidos fuera de Israel, pues vio la luz en 1932, en Czernowitz, Bucovina (Rumania). Fue víctima de la deportación durante la Segunda Guerra Mundial, y su estancia en el campo de concentración de Transnistria debió marcar su carácter con el látigo del sufrimiento. Entre otros horrores presenció la muerte de su madre, y tuvo que vagar en soledad por los bosques.

En 1947 emigró a Palestina, formando parte de la '*Aliat hā-No'ar*, organización para niños refugiados. Había olvidado todas las lenguas, y después de su paso por el ejército comenzó a estudiar literatura hebrea y *yidiš* en la Universidad Hebrea de Jerusalén.

Años más tarde, entre 1954-55, siendo aún muy joven, empezaron a aparecer publicados sus primeros escritos en prosa y diversas poesías en *yidiš*, en diferentes periódicos literarios. A partir de 1962 son varias las colecciones que recogen su producción. Entre sus títulos destacan *Humo*, *En el valle fértil*, *Helada en la tierra*, *Planta baja*, *Las nubes de la montaña*, *La piel y la camisa*, *Como la niña del ojo*, *Tiempos prodigiosos*, *Los años y las horas*, *Badenheim, ciudad de verano*, etc.

En 1969 obtuvo el máximo galardón literario que otorga el gobierno de Israel, y en 1975 recibió el Brenner.

Pocas de sus obras han sido traducidas al castellano.¹ En general, es autor de escasa relevancia editorial en el ámbito europeo. En este sentido, sus historias, colmadas de bellas y raras imágenes expresionistas, merecerían mejor suerte.

La acción de *En Hanukah de 1946*, obrita que más abajo traducimos, se desarrolla en los inicios de la postguerra, cuando los judíos evacuados de los campos de concentración fueron forzados a vagar por campos y ciudades en espera de ser liberados del abandono y de la degeneración de costumbres en que vivían. En este marco de desolación, seres vencidos por la penuria de la estancia y por el olvido dejan transcurrir imperceptiblemente la *Hanukah*, festividad que tiene lugar el 25 de kislev/diciembre, y que conmemora, con luminarias, la purificación del Templo por los hermanos macabeos.

1. *Berta en El cuento israelí. Antología*, The Hebrew University of Jerusalem School for overseas student, Jerusalén, 1974, pp.115-126. *Kity en Cuentistas israelíes*, Lasser Press Mexicana, S.A., México, 1980, 2 edición, pp.53-70; *Tiempos prodigiosos* (novela), La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1980, 206 pp.

Purificación y luminosidad son constantes que subyacen en el fondo y, desde esa perspectiva, es necesario destacar el tratamiento que a la luz y al color Appelfeld da en su relato. Pocas son las lámparas que alumbran la barraca. Es aquella una *Hanukah* opaca, revestida de tintes oscuros, de colores fríos (azul, gris, verde), que se alejan de la estridencia del nuevo Israel, de la viveza del Mediterráneo, y, por el contrario, se aproximan, a pesar de que la acción transcurre en Nápoles, a los tonos apagados de los bosques centroeuropeos en los que vivió el autor.

Cuatro son los personajes centrales de la historia: el matrimonio Fridel, el veterinario y el bebé, y uno secundario, los jugadores de cartas, coro enmudecido que, como las parcas, detienen su actividad significando la aparición de la muerte. Estos jugadores empedernidos representan al ex pueblo judío en la diáspora, despojado de los más profundos valores religiosos y consuetudinarios. En torno a la acción de estos personajes destaca, en inquietante ausencia, la figura del *mohel* o circuncidor, que es tan deseada y esperada por todos como la del *go'el* o Mesías, vocablo con el que rima.

De los Fridel, el padre, con su ojo de Polifemo, permanece inmerso en el desgraciado destino que le ha tocado vivir. Su desmesurado, casi monstruoso ojo que, a tenor del climax de la tragedia, se agranda, se enciende y, al final, se apaga, pero subsiste en su hijo, evoca una supervivencia humana exorbitante por el Holocausto. Fridel es el ex hombre.

La madre, que ha traído al mundo tardía e inoportunamente un hijo, se inclina sin medida por la circuncisión como acto de identidad allí donde la identidad no existe. Su actitud, basada en un judaísmo sanguíneo, casi animal y mágico, contrasta con la del veterinario, personaje apegado a las leyes de la lógica, cuyos sentimientos, congelados por las experiencias vividas, se doblagan ante la conveniencia de no dejar huella que delate en el bebé la condición de judío.

Por último, el *mohel*, que entra en escena al término del relato y se marcha tras reconocer su incapacidad, se mantiene, en el transcurso de la acción, unido al recién nacido, a ese niño cuya precocidad maravilla a los que le rodean. Es un ex *mohel* que no está a la altura de las circunstancias, que se evade ante el prodigio, que no se presta a ejercer su oficio en el tiempo fijado para la circuncisión, en ese octavo día coincidente con el final de la *Hanukah*, con la última luminaria. Es el reflejo de la desesperanza que padecen los deportados de ser salvados algún día.

En suma, Appelfeld alude durante toda la obra a ese ex pueblo que difícilmente sabrá y podrá reponerse del Holocausto.

Y en el trasfondo de *En Hanukah de 1946* aún podríamos ver más: quizá el suceso de Belén, el modelo cristiano que el autor conocía y reflejó en otras de sus obras. Appelfeld parece querer decir aquí a sus correligionarios que el nacimiento del Mesías podría producirse en circunstancias similares a las descritas en su cuento, y que el Ungido sería entonces como el pequeño Fridel, hijo de la derrota, hijo de la soledad, un ex Mesías que se distanciaría con mucho del esperado por el pueblo judío.

El relato es este:

EN HANUKAH DE 1946

En *Hanukah* de 1946, en el puerto franco de Nápoles, al matrimonio Fridel le nació un hijo. No había *mohel* que lo introdujese en el pacto de nuestro padre Abraham, y esta preocupación congeló la alegría de la madre. El bebé no paraba de llorar, y su llanto llenaba la barraca de angustia. Se enteraron de que en los montes vivía un *mohel*, y nadie sabía cómo comunicarse con él. Algunos afirmaban que ya en Israel sería circuncidado. Desde la costa llegaban vientos fríos. Las aguas perdieron su azul, y fuertes olas arrojaban espuma verde.

Ellos ya no eran jóvenes, y una extraña alegría les invadió con miedo. Permanecían junto a la puerta de la barraca cogidos el uno al otro. Dentro jugaban a las cartas. No había paja en los alrededores, y del montón de ropa salía el olor a desinfectantes que había espolvoreado el veterinario. Una mujer se acercó y dijo que en Nápoles era posible encontrar un *mohel* ambulante. El veterinario fue a ver al niño, y dijo:

—El bebé muestra síntomas de buena salud.

De los padres no se alejó el miedo. Los pesares que arrastraban consigo brillaban en sus ojos. La madre no se movió de la puerta, como si estuviese esperando que se adelantase la venida del Salvador. El padre se apresuró a traer leche de cabra de las montañas. Cambió unas cuantas monedas de oro por dinero del lugar. Una vez al día venía el camión cisterna del ejército y repartía la sopa. Era una sopa espesa. Las gentes preferían comer sardinas que quedaron en los almacenes. El veterinario dio de beber al bebé un tranquilizante. Los padres se sentaron junto a él y velaron su sueño. No sabían cuándo vendría el enviado que tendría que

llamarlos para embarcar. Existía la certeza de que los olvidarían. Los hombres estaban perezosos y ya no esperaban ninguna salvación de fuera. Había sardinas de diferentes clases en abundancia. Podían pasar allí el invierno con facilidad.

—¿Por qué no vas a Nápoles a traer un *mohel*?— dijo la mujer. Ella hablaba para sus adentros.

Toda feminidad la había abandonado, y su rostro se reseco. El padre se había llenado de amargura, y dijo:

—¿A dónde voy a ir ahora, con el viento?

Nadie podía llegar a Nápoles. El invierno mostró toda su inclemencia. Los montes de detrás se volvieron grises, los caminos estaban enfangados y solamente la olla de sopa llegó en su momento, al mediodía.

Durante la guerra, el veterinario perdió su rostro, y una nueva cara le creció sobre la otra. Era pequeño y humano, como si no fuese un viejo veterinario, sino un médico que había visto mucho sufrimiento. Venía y se sentaba junto a los padres para consolarlos. No sabía jugar a las cartas, y los jugadores le llamaban El Veterinario.

En silencio, intentaba convencer a la madre de que no era tan terrible que no se circuncidase al bebé. Si deseaba hacerlo, posiblemente en cualquier momento encontraría una oportunidad mejor, y quizá sería preferible no circuncidarlo. Quién sabe cuántas guerras nos esperan.

El padre se sentó en el suelo, y escuchaba. Recibía las palabras del veterinario gota a gota.

La madre, que estaba sentada sobre el montón de ropa, no paraba de murmurar:

—¿Cómo es posible que viva sin estar circuncidado?

Se notaba que no era aquella su voz. Todos sus temores se acogían a esa frase como si se tratase de un conjuro. El veterinario, que encendía un cigarro detrás de otro, dijo:

—Es bueno, pues, para el niño que se acostumbre un poco al aire del invierno sin operación, más aún no habiendo condiciones sanitarias.

La mujer lloraba y el padre no se acercaba a consolarla. Ella lloraba por dentro.

—No entiendo —dijo el veterinario con voz muy tierna— ¿Por qué lloras? La circuncisión no va a mejorar la salud del recién nacido.

Sobre el sueño del bebé flotaba una pesada modorra. El padre salió a buscar paja, y regresó con las manos vacías.

El día de la circuncisión abrió el niño los ojos y lloró. La madre estalló en llanto como si aquello fuese una señal de las alturas. El

veterinario, que estaba en ese momento junto al montón de ropa con el aparato de «Flit», no sabía cómo consolar a la madre.

—El bebé está sano —dijo—. Puedes viajar con él.

—¿Y si no hay *mohel* en todos los alrededores?— ella murmuró ahondando en su desesperación.

El ojo izquierdo de Fridel se agrandó; contuvo la respiración y mostró una red de vasos sanguíneos. Tampoco él había hallado reposo a su alma. De no ser por el veterinario no habría encontrado un pretexto para salvarse, para no ver cómo su mujer envejecía a su lado. Tres años en los bosques lo dejaron vacío de amor, y el bebé que vino al mundo rompió el último lazo que había entre ellos. Cierto, él ya tenía cincuenta y tres años, pleno de caminos y de inviernos.

Los vientos del mar y de la tierra rodeaban la barraca. Los hombres taponaban las ventanas con trapos; la puerta se cerró. Encendieron tres «Primus» pesados. Dos lámparas «Lux» alumbraban las mesas bajas en las que jugaban a las cartas. El padre no pronunció palabra. Toda su ira se reflejaba en su dilatado ojo izquierdo. El ojo se agrandaba sobre toda su cara. Este ojo izquierdo le venía de generaciones atrás. Era lo que diferenciaba a los Fridel del resto de la gente. El se había irritado ahora contra su mujer; estos no son tiempos de traer hijos al mundo. Tampoco por la noche cerraba el dilatado ojo izquierdo. Un triste azul emanaba de él. Incluso el veterinario, que estaba acostumbrado a los ojos de la gente, temía a aquel ojo que se agrandaba sobre la faz. La madre no buscaba refugio. Su pena era más grande que su miedo. Ella miraba el ojo tan conocido de su marido como quien mira una herida. Las mejillas del bebé se sonrojaron, y su pequeña cara mostró la adaptación al medio. La gente dejó por un momento las cartas y fueron a ver al niño. La madre no se alteró por ello, pues percibió lo que otros no alcanzaron a ver. No se atrevió a llamar nuevamente: ¿Dónde está el *mohel*? Temía a su esposo. Todos estaban de acuerdo en no cicuncidar al recién nacido. Una luz suave y carente de sufrimiento iluminó el rostro del niño. Buscaba con sus ojos ciegos en dirección a la luz. La madre no se movía del montón de ropa. Fridel daba vueltas como un perro que se libera de su correa. Su ojo izquierdo se encendió. Los hombres tuvieron miedo de lo que pudiera hacer, y trasladaron las mesas bajas alrededor del bebé.

—El *mohel*, el *mohel*— musitaron los labios de la madre sin voz.

Ella buscó protegerse del ojo iracundo de su marido. El *mohel* no venía, no podía venir. El frío arreciaba, los caminos estaban desiertos. Los hombres estaban concentrados con entusiasmo en el juego, y no se movían

de las mesas. La madre amamantaba al niño, y éste no lloraba. De vez en cuando, levantaban ellos los ojos de las cartas, y se fijaban en el recién nacido. No deseaban más que matar el tiempo con el juego. El ojo izquierdo de Fridel se encendía como una linterna. Una especie de pared se interponía entre la gente, su mujer y él.

—Ella quiere un *mohel*, un *mohel*— murmuró para sus adentros.

Los hombres captaban sus murmullos, aunque no le contestaban. La olla de sopa llegaba cada día, pero con ella no venían noticias de la ciudad.

Por la noche, sin decir nada, Fridel salió, y por la mañana se supo que ya no estaba. Los hombres dejaron un momento las cartas y otearon haciendo visera con la mano sobre sus ojos. La playa estaba vacía, y solamente las pesadas olas despedían espuma verde. El veterinario se puso la chaqueta del ejército, y salió a buscarle. Al mediodía regresó mojado y sin noticias. Los hombres no jugaban a las cartas. La mirada grave y redonda de Fridel brillaba ahora sin él. La madre no lloraba; mecía al bebé.

Después del mediodía, se calmó la tempestad invernal. Los hombres se pusieron los impermeables y salieron a buscar a Fridel, y el veterinario, que sirvió en su tiempo en el cuerpo de caballería que acampaba en Monte Negro, los dirigió.

Era una costa plana y vacía. Podrías incluso ver cómo se rompía la luz en los planos distantes que chocaban unos con otros y mostraban un verde cenagoso. No había nadie, y sólo se escuchaba el rumor de las olas y su espuma.

Los hombres, que durante tanto tiempo estaban inmersos en las cartas, ya no jugaban. Les parecía que el ojo izquierdo de Fridel no se apartaba de ellos. Se concentraron cerca del montón de ropa sobre el que yacía el niño. El bebé procuraba con sus ojos ciegos llegar a la luz. Una inteligencia tal, como no se había visto en niños de esa edad, le arrugó las mejillas. La madre dijo:

—Es por falta de leche. Si pudiera encontrar leche de vaca, me sentiría otra.

Los hombres se olvidaron un momento de Fridel y se fijaron en los ojos del bebé. Unos dijeron que podía ver. La madre respondió:

—¿Cómo es posible que vea, si no está circuncidado?

Alguien llevó paja mojada, y el veterinario esparció sobre ella «Flit».

La tempestad se había calmado, y retazos de azules flotaron sobre el firmamento, como ese azul del ojo izquierdo de Fridel, y el niño, que permanecía echado sobre la paja, miró por un orificio de la ventana hacia

afuera. Su ojo izquierdo se iba abriendo e iba eclipsando al ojo derecho. Se parecía a su padre. En ese momento, la madre supo que su marido Fridel ya no estaba entre los vivos. Sacó su pecho y dio de mamar al bebé, y todo el tiempo no paró de besar el ojo azul resplandeciente del niño.

Al día siguiente llegó un *mohel*, un refugiado que hacía años que no circuncidaba. Se fijó en el bebé, y dijo:

—No soy yo, no soy yo. No soy yo el hombre indicado.

Y se fue.